

Tomamos la palabra



Testimonios de mujeres de las comunidades
Eclesiales de Base del Norte de Morazán

Comunidades Eclesiales de Base
del norte de Morazán
Morazán, El Salvador, C.A.
Impreso en Talleres Gráficos UCA
Noviembre, 2001

Prólogo

En este libro, mujeres, ellas mismas, cuentan sus vidas. No ocultan nada, si sus éxitos ni sus tropiezos. Solo esto ya es algo que sorprende, pues supone un nivel de autoestima no muy común en el Norte de Morazán, un rincón del país poco recordado, a no ser por los largos años de la guerra. A ese nivel de autoestima contribuyó paradójicamente la misma guerra y sobre todo un, durante años, sostenido proceso de formación dentro de las congregaciones de madres cristianas. Los que tuvimos la dicha de estar cerca de ellas, fuimos testigos de su permanente crecimiento humano y cristiano, hasta, hoy en día, asumir a la par del hombre un papel protagónico en sus hogares, comunidades y municipios. Podemos hablar de una metamorfosis, tan profunda e integral ha sido su transformación.

Las historias son diferentes y similares a la vez. Saltan a la vista al menos cuatro constantes. Tuvieron, en su mayoría, una niñez infeliz, producto de la pobreza y de la tradicional paternidad irresponsable. A muchas se les dificultó bastante lograr una vida de pareja satisfactoria y estable; la ignorancia, el machismo, la infidelidad y la guerra fueron tantos obstáculos en este camino. La guerra misma, que les arrebató, en más de algún caso, a sus seres queridos, fue para ellas una experiencia sumamente dolorosa. Y no obstante lo anterior, resaltan con un orgullo legítimo, los aportes que dieron durante la guerra y en el refugio y que hoy siguen dando en sus cantones, caseríos y comunidades eclesiales de base. Esta actitud positiva frente a la vida que, pese a todo, mantuvieron siempre, no es ajena a su fe cristiana que fue su arma de apoyo y su fuente de inspiración en todo momento.

Los historiadores clásicos que escribieron historia y la interpretaron desde la perspectiva de las élites, se equivocaron. Los y las verdaderas protagonistas de la historia no están ahí, están en medio del pueblo, como esas mujeres que tomaron la molestia de contarnos sus vidas. La lectura de esas vidas, sin duda alguna, despertará en nosotros y nosotras el deseo de ser mejores, de estar atentos a lo que sucede y de ocupar de nuevo el puesto que nos corresponde, no de lado de Bush ni de lado de Bin Laden, sino de lado de las víctimas de aquí y de allá que gritan por un mundo radicalmente diferente y mejor.

Permítanme concluir citando dos pequeños fragmentos de un testimonio que no es sino un largo homenaje a la mujer, escrito por una tal Carmen González. Con esto no tengo otro objetivo que manifestar mi gratitud y mi admiración hacia todas aquellas mujeres que con sus vidas hicieron historia e historia según los designios de Dios.

“La doblaron las penas, pero no la quebraron.
Como caña cascada y como brasita que aún humea,
no permitió Dios que pereciera. De sus debilidades sacó
fuerza. De sus dolores, alegría.
De su naturaleza frágil y pequeña, la paciencia,
la resistencia firme, la esperanza”.

“Muchas veces se sabe sola, se preocupa, pero no se desespera.
Trabaja, lucha, vive y sigue construyendo la vida.
Enciende con fe, cada mañana,
la lámpara tenaz de nuestras esperanzas”.

Rogelio Poncele

Introducción

Las mujeres de las Comunidades Eclesiales de Base del Norte de Morazán nos reunimos todas las semanas para apoyarnos mutuamente y para servir a nuestro pueblo. En estas reuniones abrimos los ojos a nuestra realidad, vemos los problemas y tratamos de buscar cuáles son las causas y qué aporte podemos dar, como mujeres y como comunidades eclesiales de base, para contribuir a la solución de estos problemas.

Pero en estas reuniones semanales también miramos a nuestro propio corazón, nuestros sentimientos y nuestras vidas con el fin de superarnos y poder dar un mejor aporte. En una ocasión, Carmen Elena nos dijo que nuestras vidas se parecen a las vidas de muchas mujeres de la Biblia. Vidas llenas de experiencias, cada una de nosotras ha vivido su propio éxodo, años de sufrimientos y también de pequeñas alegrías, y en todo ese caminar hemos sentido la presencia de un Dios bueno que nos acompaña y nos anima.

Entonces, animadas por Carmen Elena, tomamos papel y lápiz y comenzamos a escribir la historia de nuestras vidas, que es también la historia del pueblo salvadoreño. El esfuerzo nos costó un poco de sacrificio, porque no estamos acostumbradas a escribir, solamente lo hacemos cuando tenemos que escribir una carta a un familiar. Algunas de nosotras no sabemos escribir, pero nos ayudaron nuestras hijas e hijos, les dictamos lo que queríamos decir.

En cada reunión, una mujer lee lo que ha escrito de la historia de su vida y luego leemos la historia de la vida de una mujer de la Biblia, por ejemplo, Sara, Ruth, Febe y tantas otras. Entonces, todas las mujeres comparamos las dos historias y sacamos enseñanzas de la experiencia.

Estas reuniones nos han ayudado mucho a recordar y valorar todo lo que hemos hecho y hacemos en nuestras vidas, nos han ayudado también a dejar la pena y dar nuestra propia palabra y experiencia.

En este libro están todas las historias de nuestras vidas. Escritas por nosotras mismas, expresadas con nuestras propias palabras y con nuestros sentimientos. Queremos compartirlas con ustedes, quizá les ayude en sus propias reflexiones.

Nuestro deseo es que otras mujeres, al leer estas experiencias, también se animen a contar y compartir sus propias experiencias. Porque sabemos que la historia de nuestras comunidades y de nuestro país está hilvanada con las historias de muchas mujeres, que, en su vida cotidiana, además de ocuparse de las tareas del hogar, dan su tiempo y sus capacidades para trabajar por el pueblo.

Estas historias, trenzadas como las pitas de mezcal, hacen una sola historia, la historia de un pueblo que camina por el desierto de la pobreza y la marginación, hacia una tierra de vida y justicia para todas y todos.

Muchas mujeres, compañeras nuestras, no han podido contar y escribir sus historias, porque fueron víctimas de la represión en los tiempos de la persecución y la guerra. Pero sus testimonios están en nuestro corazón. Ellas son las que nos animan a seguir adelante para no dejarnos vencer por las dificultades.

Especialmente queremos recordar el testimonio de Silvia Maribel Arriola. En el próximo año, celebraremos el 21 aniversario de su muerte. Este libro quiere ser un pequeño homenaje a Silvia y a todas las mujeres que, como ella, entregaron su vida para que hoy tengamos vida y libertad.

Queremos terminar con unas palabras que Monseñor Romero dedicó un día a María; con ella nos identificamos y con ella buscamos hacer realidad el sueño de su hijo Jesús. Dijo Monseñor: "María es la ternura que busca angustiada una solución". Ojalá que todas las mujeres rompamos el silencio, como lo rompió María para cantar el poema del Magnificat donde proclama que los pobres serán ensalzados y los ricos será humillados, ojalá que todas las mujeres aportemos con firmeza y ternura a la solución de tantos problemas que tiene nuestro pueblo.

Mujeres de las Comunidades Eclesiales
de Base del Norte de Morazán

Silvia Maribel Arriola



Silvia nació el 20 de marzo de 1951 en el departamento de Santa Ana, hija de Jorge Arriola y Angelina Marroquín de Arriola, fue la primera hija entre cuatro hermanos (un hombre y tres mujeres).

A la edad de 15 años descubre su vocación religiosa e ingresa a la Congregación de Hermanas Guadalupanas. Sus padres no estaban de acuerdo y fueron para sacarla de convento; pero al ver su terquedad, optaron por permitir su regreso al convento. Silvia permaneció 8 años con las Hermanas Guadalupanas. Durante ese tiempo estudió enfermería en México, compartiendo con personas enfermas y mucha gente necesitada.

Regresó a El Salvador para profesar sus votos perpetuos. En este tiempo acompañó a una de sus hermanas que estudiaba Sociología, para hacer una encuesta en el tugurio de Tutunichapa. Silvia conoció allí a un grupo de mujeres de las Comunidades Eclesiales de Base, pidió quedarse en la reunión y al final de la sesión conoció a Noemí, hermana de la Pequeña Comunidad, intercambiaron sobre la experiencia comunitaria-religiosa nacida de las Comunidades Eclesiales de Base y se entusiasmó por esa novedad.

Silvia, aun siendo religiosa Guadalupana, continuó visitando la comunidad marginal de Tutunichapa. En poco tiempo asimiló la mística de las Comunidades Eclesiales de Base y se incorporó a visitar y vivir el espíritu comunitario. Un día Silvia recibió una carta de la hermana superiora de la Congregación donde se le exigía decidir entre las Comunidades Eclesiales de Base y la Congregación.

Silvia decidió salir de la Congregación de Religiosas Guadalupanas y se incorporó a la experiencia de vida religiosa de la Pequeña Comunidad. El 25 de agosto de 1975 todas celebraron la incorporación de una hermana más en la vida

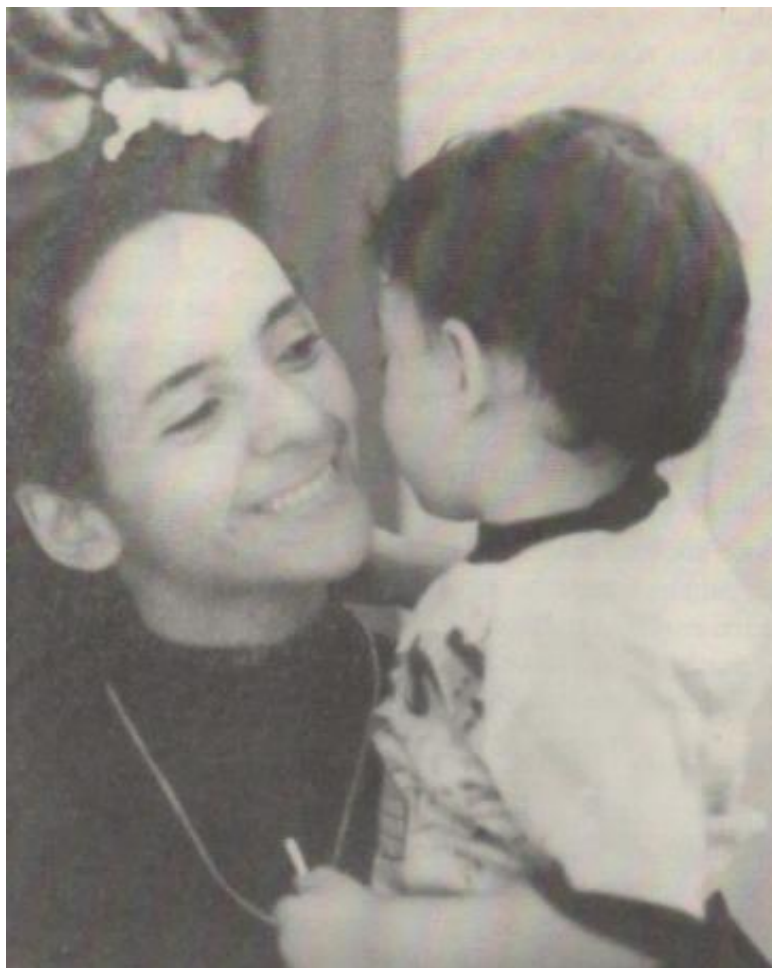
comunitaria. “Nosotras no dudamos frente al planteamiento de incorporarse a la comunidad. Al contrario, celebramos como cipotas su integración. Silvia era una persona con grandes valores. Puso en la vida de la comunidad su espíritu, su mística y su opción para con los seres humanos. ¡Eso le encantó tanto a la gente!” (María Isabel).

Silvia vivió y compartió cinco años y medio en la Pequeña Comunidad. María Isabel Figueroa trabajaba en el archivo del arzobispado con Monseñor Luis Chávez y González. Con la llegada de Monseñor Romero en 1976, María Isabel fue trasladada como secretaria. A través de Isabel, Silvia llega a trabajar también como secretaria de Monseñor Romero. Trabajaban medio tiempo: leían y resumían la correspondencia, redactaban y archivaban. En el otro medio tiempo, Silvia animaba hasta altas horas de la noche las Comunidades Eclesiales de Base en San Roque (Plan del Pito) y Cuscatancingo.

“Silvia tuvo una especial atención para los jóvenes y el acompañamiento al movimiento político. Con su forma de ser selló a cada persona, respetando su individualidad y potenciando sus capacidades” (Carmen Elena). Durante esa época de persecución, muchos de esos jóvenes se comprometieron con su vida por los cambios sociales. Ahora son parte de la lista de mártires. Otros asumieron compromisos de liderazgo en la formación y la continuidad de las Comunidades Eclesiales de Base.

El 3 de enero de 1981, Silvia decidió incorporarse al frente de guerra acompañando a la población en la ofensiva guerrillera del 10 de enero de 1981. Durante estas batallas Silvia ofreció sus servicios de enfermería. El 17 de enero de 1981, murió en el cantón Cutumay Camones, del departamento de Santa Ana, junto a más de un centenar de hombres y mujeres combatientes del FMLN.

“A 20 años de su martirio, el espíritu de Silvia continúa revoloteando, sus valores son parte de la herencia y la presencia en quienes siguen creyendo en ideales comunitarios y de transformación de la sociedad” (Carmen Elena). “Silvia fue pequeña en estatura, ¡pero con un ser tan grande! A través de sus hermosos ojos reflejó su opción de vida por las personas más desposeídas. Silvia no está ausente, sigue presente, manifestada, animando la vida y el compromiso de mucha gente que continúa luchando por la misma causa por la que ella dio su



vida. Cuando oigo hablar de ella a otras personas, la vida se recrea y su presencia, que animó a muchos en su infancia, les sigue acompañando hoy en su vida de personas adultas" (María Isabel).

“Silvia es un ser extraordinario que pasó y se quedó en nuestro corazón, su respeto por cada persona, el amor en los detalles, el regalo de su sonrisa y su presencia siempre dulce, me invita a seguir conociéndome, desarrollando mi ser y el inmenso agradecimiento a la vida por la oportunidad de amar y ser amado” (Juan Carlos).

Fidencia Luna



Nací el 29 de abril de 1962. Soy criada por mis abuelos. Mi madre y mi padre fueron irresponsables y no tuvieron la capacidad de criarme. A la edad de cinco años empecé a trabajar torneando. Ganaba 25 centavos por tornear todo el día, de seis de la mañana a 6 de la tarde.

A los doce años mi abuela me enseñó a hilar para torcer pita para matates. Con lo que ganaba compraba zapatos y vestuario. Si no hubiera sido por mi abuela que me enseñó a trabajar, no hubiera aprendido a hacer nada. Por eso le agradezco mucho a mi abuela. Pues ella tenía una gran paciencia para enseñarme. También me enseñó a cocer jabón de aceituno. Y así pasé mi vida desde niña.

A la edad de dieciocho años, pensé en aceptar de novio a un muchacho. Luego salí embarazada de mi primer niña. Nació el 24 de marzo de 1981. Entonces estaba empezando el conflicto armado. El padre de la niña era un combatiente del FMLN. Después de eso, a los dos años cumplidos de haber tenido a la niña, el murió. Lo mataron y su hija quedó mota (sin papá). Entonces quedé sola. Anduve guindeando con mi niña. Luego de eso me acompañé con otro compa pensando que mi vida iba a prosperar. A los cuatro años nació mi otra hija. Tenía trece años cuando mataron a su papá. Entonces me tocó siempre andar guindeando por ríos y quebradas, yo sola con mis dos hijas. Nos trasladamos a Jocoaitique en el año 1986.

Viviendo en ese lugar fue la experiencia peor. La Fuerza Armada estaba en ese lugar. Empezaron a acusarnos que éramos colaboradores de los guerrilleros. Después nos metieron presos. Éramos varios que aguantamos, mujeres y hombres pagando lo que no les debíamos a ellos. Luego puse una mini tienda y ellos nos quitaban las cosas para que no comieran los guerrilleros. Por eso me llevaron

tres veces presa. Me pusieron las esposas y me metieron a una pila de agua con hielo, y allí dormía todas las noches con las esposas puestas en las manos. sólo porque no les decía quiénes eran los demás colaboradores de los compás. Eso nunca me lo pudieron sacar. Allí estaba un primo mío. Me dijo que dijera la verdad porque así me iban a sacar luego. Aunque me traigan cien veces más. yo nunca les diré lo que no sé.

Mi abuela y mi abuelo sólo se dedicaban a trabajar para comprar tierras y por eso nunca me dieron el estudio. Poco les interesó que los hijos de ellos aprendieran a leer y escribir, porque cuando llegaban los profesores a decirles que ellos andaban matriculando a sus hijos para que asistieran a la escuela, ellos les contestaban que con aprender a leer no iban a comer ni tampoco del estudio se iban a mantener. Ellos decían: "Si trabajamos vamos a comer y si no trabajamos no comemos". El decir de ellos era: "Hijos, trabajemos para comprar un terreno, para que el día de mañana tengan donde vivir". Esto es lo que nos decían nuestros abuelos y los padres antepasados.

Nosotros queríamos ir a la escuela, pero nos castigaban si íbamos y así fue como ellos nunca nos dieron el estudio. Y hoy, como es otra generación, todo es más distinto. Hoy nos damos cuenta que sólo el que sabe leer y escribir puede ser empleado en distintos trabajos o empresas.

Nosotros hoy no pensamos en dejarles grandes terrenos a nuestros hijos. Hoy lo que pensamos es darles el estudio para que el día de mañana ellos puedan ser alguien en la sociedad y así encuentren trabajo para que compren tierra y se sostengan hasta el tiempo que Dios permita para ellos.



Colonia Monseñor Romero, Jocoaitique, agosto de 2001. Fidencia haciendo pita de mezcal, acompañada por su hija Areli.

Bartola Ramos



Yo, Bartola, nací un 24 de agosto de 1947 en la calle del Gigante solamente con el amor de mi madre. Calor de padre no lo he conocido. A la edad de siete años, empecé a ir a la escuela. Por falta de recursos económicos, no logré estudiar lo suficiente. Estaba de 17 años cuando mi mamá murió. De 19 años pensé acompañarme sin tener una aclaración o una buena experiencia para el sacrificio de cómo poder crecer los hijos, pero soportando todo, he logrado verlos crecidos.

En el tiempo de la guerra con mis tareas en mi hogar, empecé a estudiar la palabra de Dios que hasta hoy ha sido una luz y guía para poderme formar un poco en lo espiritual. A la edad de hoy he aprendido a descubrir el derecho y el deber que como mujer me corresponde. También he aprendido a tener más paciencia, más respeto, más igualdad, más reconocimiento en mi hogar. Sentir que hasta mi compañero ha cambiado es una experiencia más para mí.

Decirles que la organización es un paso más, he conocido a nuevas personas, y experiencias, y comparto nuevas cosas o tareas que ni en mi



Perquín, agosto de 2001

juventud logré aprender. Decirles que me siento más animada porque mi tiempo no ha ido perdido. Mi idea es seguir unida con mis compañeras porque me doy cuenta que, igual que mí, han sufrido, pero tenemos la fe que con el poder de Dios vamos a lograr seguir adelante. Esta es mi pequeña historia que les escribo.

Sara Emerli Rodríguez



Mi nombre es Sara Emerli Rodríguez Argueta. Nací el 20 de enero de 1967 en el cantón Cañaverales, jurisdicción de San Fernando. Mis padres son Medardo Argueta y Sara Rodríguez. Tuve ocho hermanos y hermanas: tres varones de los cuales solo vive uno, y cuatro hermanas. Mis primeros años de la escuela los estudié en la escuela de Agua Zarca, Torola.

Recuerdo que siempre me gustaba mucho jugar softbol así como participar en los volados que realizaba la escuela. Así como en mi casa también ayudaba a lavar trastos, traer leña y dejar almuerzo a mi papá y mis hermanos a la milpa. Luego terminé el tercer grado y me mandaron a estudiar el cuarto grado a la escuela de mi pueblo, que quedaba de mi casa como a una hora a pie. Ahí estudié quinto y sexto. Recuerdo que a la escuela iba con mi hermana mayor (Victoria).

A la edad de doce años terminé el sexto y ya no pude seguir estudiando porque en 1980 ya mis hermanos mayores se organizaron y entonces toda mi familia empezó a ser perseguida. En octubre tuvimos que dejar nuestra casa y nos fuimos a huir al monte. Luego yo me incorporo con mis hermanos. En ese mismo año, el 15 de diciembre, mi mamá fue capturada junto con mi cuñada y cinco sobrinos y sobrinas y **mi hermana** menor.

Luego, con los demás compas, nos fuimos para un lugar que se llama Los Trajos y ahí estaban mis hermanos y hermanas y mi papá. También recuerdo que en 1980 fue la primera Navidad que pasé separada de mi mamá en unas cuevas en El Paraíso de Nahuaterique. Ya en 1981 fui parte de los grupos de cocina de los campamentos de los compas. Estando ahí mi mamá en marzo mandó una nota para ver si la podíamos ir a sacar de donde la tenían los militares. En 1982 me acompañé con el papá de mi niña mayor. Luego pasé el curso de brigadista y en 1983 salí embarazada y me mandaron a los refugios de Colomoncagua.



El 9 de junio de 1983 nace mi primera niña, la que se llama Sara Lilibeth, y estando ahí participo en la clínica clandestina, que servía para atender a los compas heridos que de aquí llegaban. Uno de esos heridos que llegó en 1984 fue el padre de mi hija y en enero de 1985 él sale de regreso para el frente y yo me quedo en el refugio. El 5 de junio de 1985 él es muerto y en agosto de ese mismo año se me dice que me tenía que volver para incorporarme al frente. Y me tocó dejar a mi hija de dos años con mi mamá. Esa es una de las experiencias más dura que yo he tenido en mi vida.

Perquín, agosto de 2001

Ya estando de regreso en el frente, me incorporo como brigadista en la escuela militar. Ahí paso el curso como alfabetizadora, y cuando lo termino, me envían para las fuerzas especiales donde ahí todos los compas deberían de saber leer y escribir. En esa fuerza conocí al papá de mi segunda hija, Celina Leticia. Nos fuimos para el cerro Cacahuatique en 1986. En junio se ataca a la tercera brigada de San Miguel. A mí me tocó quedarme en el puesto administrativo.

El día siguiente del ataque nos cayeron los helitransportados y nos tocó que enfrentarlos. Casi nos capturan a todos y todas. Pasamos sin comunicación por tres días con los demás compas. Luego nos volvimos a encontrar después con los compas que habían participado en el ataque. Nos llevamos la sorpresa que habían muerto 17 compañeros.

A finales de 1986, salgo embarazada de mi segunda hija y me envían para el refugio nuevamente. Ella nace el 29 de agosto de 1987. Allí me incorporo al de propaganda que tenía la Congregación de madres donde se sacaba un bokiin para denunciar lo que allí sucedía a los refugiados. Ese taller era coordinado por Lorenza, una compañera que ahora sigue coordinando la Congregación en la Segundo Montes. Luego me incorporo a un taller clandestino del frente que era dirigido por Juan José Rodríguez (ya murió).

En 1990 inicia la repatriación. Yo me vengo en la segunda que se vino a pie. Me incorporo nuevamente al frente y sigo trabajando en el taller de propaganda. Estaba acompañada ya con él que es mi compañero. En 1991 y 1992 estuve en el centro de informática que tenía la comandancia del frente en ese entonces. Eso servía para mandar información para México, donde estaba la negociación.

Luego en 1992, cuando la firma de los acuerdos de paz, estaba en Perquín. Ya todos nos fuimos incorporando poco a poco a la vida civil. Luego tengo mi tercer hijo. Ángel Antonio nace el 5 de enero de 1993. Ya tengo conmigo mis tres hijos e hijas y empezamos a construir nuestra casa. Yo me incorporo a trabajar en un equipo de apoyo para la construcción del Centro Hogar en Perquín con Carmen Elena y otros compañeros también. En 1994, empiezo a estudiar bachillerato, lo que termino en 1996. Me congreso con las madres de San Fernando, la que es una bonita experiencia de convivencia como mujeres.

Hoy en 1998 he iniciado a estudiar en la universidad el profesorado en parvularia y sigo en la Congregación de madres aprendiendo manualidades. Además del trabajo en las CEBS, trabajo remuneradamente con Ayuda en Acción en la promoción a mujeres y jóvenes.



Perquín, agosto de 2001

Gregoria Pérez



Mi nombre es Gregoria Pérez Hernández. Nací el 12 de marzo de 1967 en el caserío Flor Muerto, Cantón Agua Blanca, jurisdicción de Cacaopera, departamento de Morazán. Mi papá es Pedro Pérez Pérez y mi mamá Marcelina Hernández. La forma de vida era la jarcia. Sacaba el mezcal en el banco y estaca de madera. Después se producía la pita para hacer las hamacas y matates. Mi papá no podía trabajar porque quedó inválido, era una enfermedad que le resultó en 1965, pasó dos años que no podía hacer nada y quedó muerta una mano y una pierna, así hasta que murió el 30 de noviembre de 1994. También mi mamá murió el 18 de febrero de 1993.

En 1974 fui a la escuela. Pasé tres años para hacer primer grado. Después no seguí estudiando por la pobreza, a mi mamá se le dificultaba mandarme a la escuela porque no podía comprarme los cuadernos y el lápiz. Así fue que aprendí a hacer tortillas, darle al torno y lavar ropa. Éramos diez hermanos. Siete se murieron pequeños y tres crecimos vivos: un niño y dos niñas. Cuando yo tenía doce años, salía a vender a los campos, vendía fresco, leche en arroz y poliada con leche.

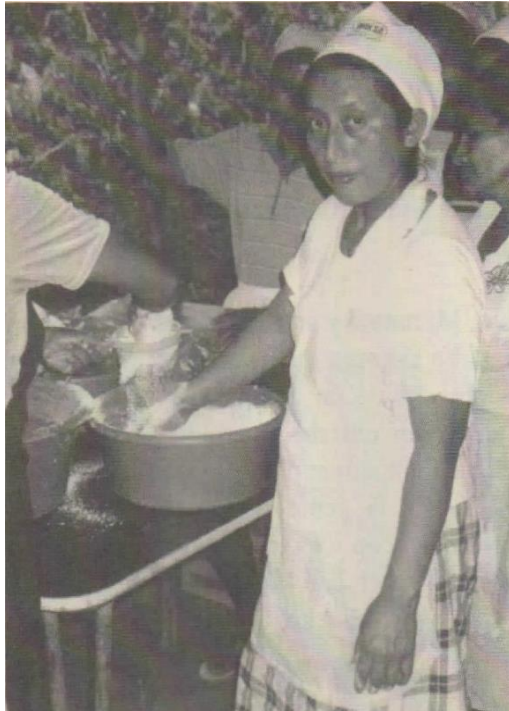
En 1980, comenzaron los movimientos de lucha para hacer los cambios. Me incorporé a la guerrilla, me organicé y me acampé en campamentos guerrilleros. Ahí hacíamos cien raciones de tortillas y lavábamos la ropa de guerrilleros. Después dieron otros criterios: que cada guerrillero lavara su ropa porque se iba a pasar a otra fase de la guerra. Luego se dio la ofensiva de tierra arrasada que metieron una cantidad de soldados que no supe; pero hablando con Cecilio, me cuenta que eran como diez mil soldados. Los compas se fueron para otras zonas donde no pasaron las tropas del gobierno. En ese operativo mi hermana mayor se fue para San Miguel, quedándome yo, mi mamá, mi papá, mis dos sobrinos y dos sobrinas. En ese mismo año fueron capturados y remitidos por el ejército y

llevados a Cacaopera. Yo, en ese momento, me encontraba en los campamentos guerrilleros, moliendo. Después de ese operativo nos encontramos con mi mamá y fui al pueblo con ellos a comprar víveres. Yo me enganchaba una sobrina mía para cruzarme en el poblado. Ahí me dijo un guardia civil que no fuera al pueblo, que ya estaba en la lista, porque ya tenía el informe los paramilitares. Esto fue el día miércoles santo y el jueves santo fue capturado el señor José Santos Pérez y matado el viernes santo.

En 1981 se dio otro fuerte operativo. Mi mamá y sus dos nietos y dos nietas salieron para Colomoncagua, Honduras. Yo siempre me quedé aportándole a la lucha guerrillera. En el año 82 me acompañé de un compañero de lucha. En 1983 me fui para Colomoncagua porque me encontraba en estado de embarazada de cinco meses. Llegué por la noche al campamento de El Copinol, ahí permanecí quince días, sin que pudiera verme la gente porque era peligroso. Después llegó más gente, mujeres y ancianos, con los correos que conocían las veredas hacia los campamentos donde se encontraban las gentes refugiadas en Honduras. Días después nos reconoció ACNUR, el Alto Comisionado para las Naciones Unidas para Refugiados.

Después que éramos legalizados, cada uno buscaba dónde quería ir a vivir y decidí irme para el campamento Quebrachito, porque ahí estaba mi papá, mi mamá y mis cuatro sobrinos. Ellos me recibieron bien. Yo crié el 7 de septiembre del 83. Di a luz a una niña, pero por la mala suerte nació muerta. El 29 de agosto del mismo año nació el niño Juan Avilio. La mamá de Juan Avilio se trastornó de su mentalidad. Los doctores viendo esa dificultad, le quitaron el niño, entregándome el niño de seis meses. Le di pecho por veintidós meses. Después le quité la leche.

En esos días me mandaban para acá, a El Salvador, a luchar, pero yo les tuve mucho amor a mis padres. No me quise venir. Así me fui quedando con ellos, porque hasta ese año no les habían dado ropa, zapatos, ni camas ni hamacas. Ellos dormían en tapescos de varas. Así comencé a remendarles los vestidos a mi familia y comencé a hacerles algunas costuras a mano. Después me fui incorporando a los Comités de madres y después fui a aprender al taller de sastrería por siete meses. Después fui a coordinar un taller de manualidades de la estructura de educación. Ahí permanecí hasta que regresamos a nuestro país y seguí trabajando aquí en Segundo Montes.



El Progreso, Torola, marzo de 2001. Gregoria dando una capacitación de panadería.

En este lugar, era solamente el trabajo de la casa, cuidar los niños que andábamos, etc. En 1996 fui, escuché, miré, pregunté; aquí existía una Congregación de madres. Hasta ahí no pensaba nada de participar en la reunión de madres. Una amiga llamada Marina me platicó que ella participaba en las reuniones de la congregación. Así es como participo en las reuniones. Luego de tantas reuniones empezamos a hablar el papel de la mujer. En la reunión también se habla de cómo orientar que la mujer tiene los mismos derechos y deberes, valores que fueron tomados como un elemento básico. Debía ser respetada como una ser humana, que no fuera desvalorizada como sexo femenino. Orientar que a veces nosotras mismas nos colocamos como una pieza inferior al hombre.

En 1997 mi participación fue el estudio de capacitación en la escuela de agentes de pastoral y otros conocimientos: cómo llegar a ser líder, los comportamientos y compromisos comunitarios. En 1998, después de esta escuela, mi participación son las actividades de reuniones en la Congregación de madres

En 1987 me acompañé con Cecilio sin conocer su actitud de vida. Nos acompañamos y hasta el momento tenemos cuatro hijos y un hijo adoptivo. Gracias a Dios todos estamos viviendo catorce años cumplidos, ya que vamos aprendiendo a vivir a pesar de muchas dificultades. Como pareja participamos en la reunión de parejas para hacer mejor el hogar. Como familia asistimos a actividades religiosas no por vicios, sino por tradición y convencimiento de pertenecer a una Iglesia progresista.

En 1994 llegué a Perquín y me ubiqué en el lugar llamado La Carlota, Cantón Pueblo Viejo, jurisdicción de Arambala. Aquí, en

para conocer y planificar las tareas de manualidades en las comunidades de Arambala y Perquín. Ahora trabajo con otras tres compañeras en una pequeña panadería y pastelería. También trabajo en la sastrería, aquí en la casa. Lo que me da ánimo en la vida son las oportunidades para convivir con otra gente, aprender más cosas y sentirme más valorada como mujer. Gracias a la fe en Dios estoy trabajando y tengo la voluntad de seguir compartiendo lo poquito que pueda.

Rosa Elvira Moya



Mi nombre es Rosa Elvira Moya. Tengo 36 años. Nací el día 18 de mayo de 1962. Mi madre se llama Juana Francisca Iglesias. Tiene 60 años de edad. Mi padre se llama José Luís Moya. Él murió cuando yo tenía ocho años.

Recuerdo fue cuando vivíamos con mi padre, fácilmente podíamos estudiar. Pero cuando él falleció fue bien duro porque mi mamá apenas ganaba para la comida. Pero a pesar de esto que pasó, seguí estudiando en la escuela de San Fernando. Estudié hasta quinto grado con bastante dificultad. Tenía varios compañeros muy amigos míos y también era molesta con mis compañeros y compañeras.

Después conocí a un muchacho que era de un pueblo lejano de donde yo vivía y me acompañé con él. Pero no pudimos vivir juntos, y a los pocos días nos dejamos. En el año 1980 estaba con mi mamá y de nuevo me acompañé. Quizás lo hice por no saber de consejos. Mi mamá nunca nos abandonó.

En el año 1980 se empezó el conflicto de la guerra. Tuvimos que salir del país. Era muy duro porque apenas comíamos un tiempo al día. Después, a los meses

regresamos nuevamente al país. En ese tiempo conocí a mi actual compañero. Empezamos a querernos. A los meses salí embarazada de la primera niña que tengo. Después tuvimos muchos problemas y a pesar de todo seguimos siempre juntos.

En el año 1987 empecé a trabajar en CEBES que quiere decir Comunidades Eclesiales de Base. Conocí a un sacerdote que era bien amable con los pobres. Así ha ido transcurriendo mi vida hasta hoy que estamos con varios grupos cristianos.

En el año 1981 tuve mi primera hija, Griselda. Ella tiene 16 años, y está estudiando en una comunidad cercana. En el año 1982 nació el segundo hijo que se murió. Eso fue muy triste para mí. En el año 1984 nació la tercera hija. Ella se llama Krissia. En 1986 nació el cuarto hijo que se llama Joel, y en el año 1988 nació mi última hija que se llama Florsita. Todos de apellido Moya



Amaya. Todos están estudiando, aunque con muchas dificultades.

Yo me siento muy importante porque en ese tiempo conocí a estas personas que nos aconsejan mucho, y así nos fueron sacando de la jaula en que vivía. Empecé a sentir mis valores de mujer, y hasta hoy puedo atender jóvenes y niños y participar en todas las actividades. Pero antes era bien tímida. No podía decir lo que sentía. Solo escuchaba. Gracias a Dios que hoy, que estoy de edad, he perdido algo del miedo.

Cooperativa San Fernando, julio de 2001. Rosa preparando la tierra para sembrar café.

Eloísa Chicas



De la edad de ocho años fui a la escuela. Estudié tercer grado. En ese tiempo yo halaba agua de una quebrada en calabazos, lavaba ropa de los demás niños pequeños, sabaneábamos los chivos y le ayudaba a mi mamá a lavar maíz antes de ir a la escuela.

De la edad de diecisiete años tuve el primer novio. Ya no iba a la escuela. Yo entonces iba a la milpa a dejar el almuerzo y a la vuelta traía leña en la cabeza. Hacía la comida. Después iba a lavar mezcal. Lo cargaba en tranca en el lomo. Días después hacía pan para vender e iba a un caserío a vender. Después tuve al primer hijo. Con el primer novio, a los tres años, tuve otro niño. A los cuatro, él se casó con otra y me quedé con los niños pequeños en poder de mis padres. Después mi mamá se enfermó. Estuvo cinco meses en el hospital. Ella volvió a los seis meses y murió. Yo tenía que criar a mis hermanos y los dos niños míos.

Mientras cuidaba los niños míos y los de mi mamá, trabajaba con mi papá en la casa. Criaba gallinas, engordaba cerdos, mantenía mozos. Ordeñábamos las vacas que tenía mi papá. Después de varios días, como tres años, conocí a un joven, nos entendíamos y nos acompañamos.

Trabajábamos siempre con papá y luego pensamos hacer una casa. Mi compañero hizo una casa en tierra de él, en San Fernando. Hubo un operativo, y lo mataron junto con tres hermanos. A ellos los enterraron en una finca. En esos días ya estaba bien peligroso. Eran tres días que él no bajaba.

Debajo del bombardeo me fui. Los compas andaban una ropa muy fea de color rojo. Yo me hacía como si nos los hubiera visto y caminaba con miedo por los caminos para San Fernando. Encontré a una ancianita, y me dijo: "¿Para dónde va?"

Y le dije: "A ver, a mí esposo". Ella me dijo que hace tres días lo enterraron en la finca y desde ese momento yo me puse a llorar. Me dijo una señora: "Si quiere, yo le enseño a donde están enterrados". Fuimos a ver. La casa de la mamá estaba sola, y encontré que estaban robando las cosas. Yo me fui adonde estaba ella y los demás familiares llorando, sentadas todas las niñas en una piedra. Bajé de repente y le dije: "Señora, fíjese que las cosas se las están robando. Vamos a recogerlas".

Así hicimos. Como a las 4:00 les dije: "Yo me voy para mi casa". Y me dio una lámpara. Me vine llorando. Vine a mi casa inconsolable. Pasé seis meses preocupada porque debíamos un dinero y estábamos pobres. Y yo sola con mis cuatro niños. Pues de ahí mi vida fue muy sufrida porque yo era hombre y mujer en mi casa. Seguía trabajando con mis cuatro hijos.

A los siete años conocí a un joven. Tuve dos niñas con él. Siempre me tocó mala suerte porque solo me dejó las dos niñas. Hasta que pasó la guerra tuve que



Maragua, Torola, agosto de 2001. Eloísa tapizcando un elote de la milpa que trabajan sus hijos.

trabajar como base social. Eran seis hijos, pero sin ningún padre me tocaba trabajar para los niños. Me tocaba trabajar en ocho escuelas con el proyecto pan y leche para los niños de ahí.

Fui al encuentro de los hermanos de Honduras. Tuvimos que ir a encontrarlos con otras personas. Dormimos cerca de una quebrada junto con ellos. De comida, solo llevaron de Perquín. A los dos días llegamos a Perquín como a las 2:00 de la tarde y después salimos para Torola. Después fuimos a la segunda actividad en Segundo Montes. Luego me acompañé con un compa.

A los tres años nos separamos y seguí trabajando con el Padre Rogelio. Aunque trabajé desde el 78, yo ya trabajaba con los catequistas. Luego se organizaron mis tres hijos. Para mí fue muy difícil la vida, pero gracias a Dios, los tres salieron bien y después seguimos trabajando. Ellos hacen milpa y yo en la casa. De mis niñas, la última ya tiene once años, pero yo tengo dos sobrinos y una nieta. Yo trabajo siempre en la pastoral.

A mí me preocupa que cuando hubo la oportunidad de hacerse un pedazo de tierra, los responsables no me contaron; mientras que otras personas que pasaron en un lugar más tranquilo, tal vez compartiendo con los contrarios, sí fueron tomados en cuenta. Yo, que nunca huí de la guerra, no me tomaron en cuenta. Y colaboré en lo poco que pude. Y mi historia continua.

A mí me toca cuidar a mi papá, darle la comida y asearle la ropa. Cuido a mis dos sobrinos huérfanos de papá y mamá. El varón tiene trece años y la hembra tres años. A pesar de que vivimos en medio de la pobreza, mis hijos trabajan para medio de sobrevivir. La mala suerte me ha llegado porque se me murieron tres vacas que tenía. Se murieron quedándose en nada.

El problema más grande es que vivo bien retirado de la calle. Hoy estamos trabajando con el Padre Rogelio y tenemos un taller de bordado con las madres que somos varias. Hay que hacer un esfuerzo para poder ir, pues yo siempre digo que el Padre da lo que tiene, no lo que le sobra.

Ana Elsa Rodríguez



Me llamo Ana Elsa Rodríguez. Nací el 1 de junio de 1946 en el caserío Ocotillo, Cantón Azacualpa, San Fernando, del departamento de Morazán. Soy hija de Paula Rodríguez y Jesús Santo Vigil. En ningún momento he sido reconocida por mi papá. Hasta el día de hoy no recuerdo haber recibido ni tan siquiera un vestido de quien dice ser mi papá. Me siento una mujer sin padre, igual a tantos niños de hoy que les sucede lo mismo.

Mi familia es de la clase muy pobre. Esto me hace recordar un poco que mi hermana y yo crecimos en medio de un montón de dificultades. Pues, a pesar que en la familia solo éramos tres con mi mamá, sufrimos mucho con relación a la comida.

Recuerdo que cuando éramos niñas, no salíamos a ninguna parte. No conocimos ningún lugar. Cuando ya tenía como 8 años, me mandaron a la escuela. Me acuerdo que la escuela era la casa de mi tío Marcelino Guzmán. El profesor se llamaba Elías y era muy bolo. Pero bueno, algo aprendimos a leer y escribir. Luego hicieron una escuelita. Cambiaron al profesor y vino una maestra de nombre Julia Esperanza. Con esa maestra sí aprendimos bastante. Luego se casó con un hombre de Perquín.

Así fueron pasando los años. Luego tuvimos que ir a la escuela de San Fernando. Ese tiempo no fue fácil para mí ni para las demás que íbamos a la escuela, ya que nos daban clases todo el día. Aguantábamos hambre y las lluvias en el camino. Mis compañeras y yo ya estábamos solteras. Empezamos a tener novios. Me acuerdo que una vez marchando en la plaza de San Fernando, antes de un 15 de septiembre, nos dijo un policía de hacienda que para tener novio éramos buenas, pero que marchar no podíamos. Toda esa situación a mí ya no me gustó y dejé de ir a la escuela. Por eso casi no aprendí nada a leer.

Cuando ya no fui a la escuela como ya era una muchacha, mi mamá ya no me dejaba salir sola. Ella era muy enojada como siempre lo es. Por esa razón yo digo que me crecí muy tímida. Ya que no tenía más libertad de platicar con nadie y por eso cuando una decide acompañarse lo hace a la primera propuesta que encuentra, por el mismo miedo que una les tiene a las mamás y sin tener muy en cuenta los problemas que se le van a presentar después.

En esto yo quiero recordar un poco lo que a mí me ha sucedido aunque es bien penoso decir esas cosas. Pero hoy tenemos un poco de libertad para expresar lo que nos pasa a muchas mujeres. Yo me acompañé a la edad de 19 años. Mi compañero se llama Vidal Martínez. Estando juntos decidimos casarnos por la Iglesia. Yo tuve cuatro hijos. Lo que voy a decir es el punto más duro para mí como madre y como mujer. En 1980 mis cuatro hijos estaban pequeños. A ellos les gustaba andar mucho con el papá. Él estaba organizado.

Recuerdo que los hombres tenían que andar huyendo por los montes. Pues las autoridades los buscaban en las casas y a quien encontraban lo mataban. Recuerdo que ya era invierno cuando dijeron que habían unos campamentos y que hombres y mujeres tenían que acamparse para cuidarse de la represión. En este caso, mi compañero se acampó y yo me fui con mis hijos y otras familias al otro lado de la frontera, al lado de Honduras.

Dejamos las casas y las cosas que teníamos y la familia. Es decir, nos separamos. Unos nos fuimos para un lado y otros para otro lado. Como les decía, los cipotes estaban bien acostumbrados a andar con el papá, y como él llegaba a vernos donde nosotros estábamos, dos de mis hijos decidieron venirse con el papá para el campamento donde estaba él. Ellos se daban cuenta que en los campamentos se comía carne y como nosotros andábamos huyendo, sufríamos mucho por la comida.

En los últimos días del mes de julio de 1980, mis hijos César y David se vinieron con el papá para Azacualpa, donde estaba el campamento, en la casa de Don Ladislado Chicas. Pues estando allí en agosto de 1980, como a eso de las nueve de la noche se escuchó una gran explosión. Eso me llenó de mucho miedo, y me puse a pensar: "¿qué habrá pasado?".

No dormí toda la noche, y al solo amanecer esperando a ver quién llegaba, me parecía ver llegar a mis hijos. Así pasaron muchos días y nunca se sabía nada. Ni mi compañero llegaba a vernos. Lo primero que le pregunté fue por mis hijos. En el mismo momento no me pudo ni hablar un poco. Después me dijo que César y David ya no vivían, que estaban muertos. En ese momento ya no me quedé en este mundo. Estaba lo más muerta por lo que me había dicho. Me llené de cólera por el hecho de no haberme avisado y poder ir a enterrar a mis hijos.

Este hecho es un acontecimiento que nunca me dejará estar bien. Ya que años después sacan otro de mis hijos y también murió en combate. Es decir que en total son tres hijos los que murieron en la guerra. De todo esto yo como madre no he recibido ningún beneficio en recompensa de haber dado a mis hijos al proceso revolucionario.

Estando refugiados en Colomoncagua, como mujeres aportamos todo lo que pudimos hacer para la guerra. Yo fui coordinadora de colonia. Trabajé en talleres de manualidades. Luego al regresar a El Salvador trabajé en Los



Quebrachos en la construcción de viviendas. Después decidí con mi único hijo que me quedó regresar al lugar donde yo hago mi vida con mi hijo, ya que también soy mujer abandonada por mi compañero. Bueno hay tantas cosas que decir, pero he tratado de recordar lo más importante.

Actualmente me reúno permanentemente con mi comunidad que se llama Ocotillo. Allí participo en el grupo de mujeres que es la Congregación de madres. Esta congregación es de carácter ecuménico,

El Ocotillo, San Fernando, julio de 2001.
Ana Elsa moliendo el maíz para la cena.

nació en tiempos de la guerra y se mantiene alimentando la fe. Habernos mujeres católicas, pero también mujeres de las Asambleas de Dios y de la Iglesia del Séptimo Día. No encontramos contradicciones en nuestro crecimiento personal y comunitario.

En este año 2001 estoy junto a otras madres de caídos en un proceso de exhumación de mis hijos, pues el darles cristiana sepultura me consolará en mí inmenso dolor de madre y de mujer.

Josefina Santiago



Mi nombre es Josefina. Nací en el cantón Agua Zarca el 24 de diciembre. Mi padre era un trabajador de la tierra (agricultor). Mi madre se dedicaba a los oficios de la casa. Me gustaba jugar con muñecas. Les hacía vestidos. Fui creciendo haciendo lo que mi mamá hacía. De siete años fui a la escuela. Estudié hasta segundo grado. Me gustaba ir a la escuela, pero en el cantón no había más grados para seguir estudiando.

Me mandaron a trabajar a la casa de mi profesora. Ella era muy buena. Se llamaba Margarita. Estando con ella me dijo que me preparara para hacer mi primera comunión en 1959. Después seguí practicando siempre las cosas de Dios porque mi papá era bien católico. Yo asistía a misas, velorios, floreadas y novenas de los primeros viernes. Me acompañé. Crie a mis hijos, aunque con dificultades. Pero yo nunca perdí la esperanza en Dios y le pedía que me diera paciencia. Dios siempre estaba conmigo. Se vinieron los problemas de la guerra., pero yo allí veía la presencia de Dios que me apartaba de los problemas.

El año de 1980 fue duro para mí. Sufrí con mis hijos. En el mes de julio salimos para Honduras a buscar refugio porque no podíamos estar en un solo lugar.

Andábamos de aquí para allá. Salimos por el lado de Santa Elena. Caminamos día y noche, y lo peor fue que no nos recibieron. Nos dijeron que El Salvador tenía problemas con Honduras. Nos venimos de regreso. Andábamos varias mujeres embarazadas. Unas chinearón en el camino. Yo también tuve una niña en una casa ajena, en el monte. Mi niña tenía 11 días de nacida cuando llegaron los soldados en un operativo y mataron a tres compañeros. Uno de ellos quedó muerto en el patio de la casa donde estaba yo con otras compañeras y varios niños. Yo tenía un gran miedo. Los niños eran como 12. Ese día fue triste para nosotras. El operativo duró como tres días. En el mes de octubre salimos para La Villa El Rosario. El operativo se llamaba tierra arrasada. Yo estuve con mi niña de cuatro meses durmiendo en el suelo sin comer ni beber nada. Luego llegó la tropa a la Villa matando gente. No hallábamos qué hacer ni para donde salir. Nos mandaron para las casas pues las habían quemado. La represión continuaba el mismo año.

En diciembre salimos de nuevo a buscar refugio en Honduras. Dormimos en un lugar que se llama Las Flores. El siguiente día nos recibió una delegación de gente solidaria. De allí nos fuimos para Colomoncagua. Allí estuvimos con



La Ceiba, Torola, agosto de 2001. Josefina cuidando a su nieta Adriana.

nuestros niños sufriendo hambre mientras nos ubicaban en otra parte. Los hermanos de las aldeas nos llevaron un poco de comida. Luego nos mandaron camiones con comida de parte de la Iglesia hondureña por medio del Padre Celso del programa de Cáritas. Siempre estuvo presente la iglesia hondureña, materialmente y espiritualmente. Porque el Padre Celso venía a bautizar y celebrar, también la solidaridad internacional nos traía alimentos y ropa usada.

Yo trabajé un poco en las máquinas que había traído el padre. Cubríamos las necesidades más prioritarias. Vivíamos un poco más unidos. Se habían hecho una comunidad. En el año 1983, vino un sacerdote de España de nombre Miguel a quien recuerdo mucho porque a pesar de muchas preocupaciones nos daba ánimo hablándonos de Dios. Formamos grupos de reflexión en cada colonia, coordinados con la coordinación del campamento. Yo trabajé en los talleres de sastrería haciendo ropa para niños y ancianos. Trabajaba hasta la noche para ayudar a los hermanos que más lo necesitaban.

Tuvimos problemas con los soldados hondureños. Llegaron al campamento. Hicieron una masacre. Ese día yo me sentía muerta. Pues tenía a los niños en la guardería. Me fui corriendo a buscarlos. Los soldados me caían por los pies. Esto fue en el año 1985. Pero la fe que tenía en Dios es que no nos iba a pasar nada. Por la balacera yo no veía nada, los ojos se me llenaron de tierra.

Me vine a El Salvador con mis niños en el año 1989, el 18 de noviembre. Siempre seguí trabajando en la costura, haciendo ropa para los compas. Pues estaba la ofensiva. Yo he sufrido mucho, mucho. Mi vida siempre ha sido de sufrimiento. Estando ya en nuestra comunidad, Segundo Montes, continué trabajando en una fábrica de ropa. Siempre sigo trabajando en la comunidad donde vivo, porque la presencia de Dios nos está animando cada día más y Dios nunca abandona a su pueblo sufrido.

Yo sigo pensando que lo primero es servir y a pesar de las dificultades que vivimos como pobres siempre estoy dispuesta a poner un granito de arena. Doy catequesis a los niños. Me reúno con la Congregación de madres. Como celebradoras celebramos las fundadas de la Virgen María, el Año Nuevo y la Natividad. Si hay algún trabajo también colaboramos. Todo esto que hacemos es con la ayuda de Dios y otras personas como el Padre Rogelio y Carmen Elena y Asunción y también con miembros de nuestras comunidades.

Rosalina Martínez



Nací el 6 de octubre de 1953. Mi madre se llama María Isabel Martínez. Nací en poder de mis abuelos. Ellos se llaman Elena Argueta y Alberto Martínez. Cuando yo tenía tres años mi mamá se acompañó, pero yo seguía con mis abuelos. De seis años me mandaron a la escuela. Repasé varios años primero y segundo, pues no querían mandarme a la escuela del pueblo ya que tenía que ir solita. A los 10 años fui a la escuela de San Fernando. Con dos de mis primos estudiaba hasta tercer grado. Cuando cumplí 11 años ya no quisieron que fuera y me mandaron a Torola a mantener mozos para la milpa. Me enseñaron la doctrina cristiana. Mi abuela se sentaba con un lazo frente a mí para que aprendiera. Mi abuelo sabía rezar el rosario. Entrando a la adolescencia, yo ya sabía el rosario. De 18 años ya sabía costurar pantalones y vestidos.

A mí siempre me ha gustado trabajar. Cuando era joven costuraba. Me levantaba de mañana para hacer todo el oficio de la cocina en la casa. Molía para todo el día. Me tocaba quebrar maíz en la piedra. Jalaba agua. Barría. Lavaba los trastes. Molía para doce personas. Haciendo un vestido, a las ocho de la noche lo tenía terminado. Ganaba tres colones por un vestido. Por un pantalón, ganaba tres cincuenta. Era bien barato el trabajo. En las temporadas de las milpas me iba con mi abuela para El Progreso de Torola a mantenerlos a ellos y a los mozos porque siempre hacíamos milpa. Las cocinas eran de piedra de talpuja. Estaban en el suelo porque eran móviles, batallábamos un poquito.

De 14 años conocí a Heriberto, pero no me pensaba acompañar. Como él trabajaba por otros lados, nos veíamos a los dos meses. Yo no le ponía atención porque no estábamos en un solo puesto. Dejé de tener novio, pues tener novio es una cosa y acompañarse es otra. De 19 años pensé diferente. Conocí más o menos qué clase de persona era. Conocí que genio tenía. Mis abuelos eso me decían. Cuando uno quiere hacer las cosas como los padres quieren, se necesita

hacer caso lo que le decían a uno. De 20 años me mandaron a pedir. En febrero del año 1973, como más o menos sabíamos que ellos estaban de acuerdo que me casara con él, ellos dijeron que sí, estaban de acuerdo. Nos casarnos en marzo, un viernes de Dolores, en San Fernando. Hicimos fiesta. El casamiento civil fue primero y como a los ocho días nos casamos por la Iglesia. Bailamos toda la noche a lo pobre. Pues cuando una quiere a la persona, aunque sea bonita o fea o sea pobre, con tal no tenga mala fama, es suficiente.

Estuvimos con los suegros un año. Hacía todo el oficio de la cocina. Al hombre le tocaba estar como mozo y una de mujer como molendera. Al año me aparté. En ese año nació el primer de mis hijos. Una piensa, al acompañarse, que todo lo va a tener. No es así. Se va a sufrir más. Ya no es como cuando estaba soltera. Pensaba que, faltando mis abuelos, cómo le iba hacer yo sola. Una de 20 años ya sabe más o menos lo que va a ser para siempre. Aunque pobres, vivíamos bien. Nada más trabajando siempre lo mismo, como cuando estaba con mis abuelos. Íbamos a Torola para hacer milpa. Mantenía 12 mozos y, como siempre, les ayudaba a los padres de Heriberto en el mantenimiento. Pero como yo todo lo tomaba por bien, nunca dije nada. Así estuvimos trabajando hasta 1979. En ese año ya se oían rumores de la guerra. Nos dijeron que no podíamos trabajar allí.

En el 80 estábamos en Nahuaterique. Se veían los aviones bombardeando. En enero nos venimos al Volcancillo de Perquín porque en Nahuaterique se veía que se encontraba la Fuerza Armada con los compas. Cuando uno es pobre tiene que luchar para pasar la vida. En octubre de ese año ya tenía cuatro niños. El último estaba tiernito. Hilario estaba de 15 días cuando perdimos todo lo que teníamos en la casa. Quedamos sin ningún guacal. Los compas estaban allí. Entre ellos murieron bastantes, incluyendo dos primos míos. En esos días había muerto una tía que se llamaba Mercedes. La mataron los soldados. Fue una muerte muy triste. Le cortaron las piernas poco a poco. La mataron solo por la mala información que le cosía a los compas. Como en esos tiempos nadie podía decir nada, aunque no fueran verdad las cosas. Siempre en medio de los bombardeos de allí nos veníamos para el Volcancillo.

Por el 82 fue la toma de Perquín. Los compas nos sacaron de las casas. No nos llevamos nada, solo los niños y una ropita para segunda mudada, ni almuerzo para llevar. Decían que los soldados ya venían. Salimos a las siete de la

mañana. Cuando íbamos por los montes, los helicópteros andaban volando encima de nosotros. Iba con nosotros el compa Rosario Ventura que era de San Fernando. Llegamos a las 4:00 de la tarde a La Tejera, pues íbamos despacio porque oíamos los aviones venir, nos decían que nos metiéramos a los montes. Por gracia de Dios, llegamos bien. Allí estaba un primo de nosotros. Nos dijo que quedáramos allí. Él nos dio todo para el mantenimiento. A los 15 días nos dieron lugar que fuéramos a la casa a traer que comer. Estábamos entre medio de los compas y la Fuerza Armada. Nos fuimos 22 días para el Rancho Quemado. Después regresamos a Nahuaterique. A los dos días llegó Heriberto a traernos porque ya estaba la Fuerza Armada en Perquín. Nos venimos para San Fernando. Estuvimos 15 días. De allí fuimos siempre para el Volcancillo.

En el 83 nos fuimos para Colomoncagua. Estuvimos en el Llano Verde de Colomoncagua. Como no quisimos el refugio, trabajamos duramente. Hicimos la milpa y yo siempre trabajaba para criar a la familia. Allí fui a aprender hacer loza para vender. Hacía tamales para ir a vender en Colomoncagua. También vendía tortillas. Traíamos guineos, pan para los niños y otras cositas con el poquito dinero que me quedaba de la venta. Pues el tamal era a 50 centavos. Las ollas también eran baratas. El lempira como que no abundaba. El jornal, cuando íbamos a trabajar ajeno, lo pagaban a 150 de lempira al día. Como siempre, pagábamos mensualmente en la migración cinco lempiras por persona, y éramos cinco adultos. En diciembre nos regresamos nuevamente a El Salvador porque el otro país no es lo mismo para vivir. Cuando venimos ya nos habían quemado la casa que habíamos hecho.

En el 84 empezamos a participar en reuniones y luego nos separamos con el compañero de vida porque ya se hacían las tareas de los compas. En el 85 estuvimos en Peña Hueca con mi abuelo, siempre moliendo para la casa, que eran 12, y para los compas. Molía una arroba de maíz. En 87 éramos siete familias.

En el 88 lidiaba con tres niños, dos gemelas y un ahijado que me habían regalado. A los tres les daba pacha. Me dijeron que no les diera pecho porque no lo iba a aguantar el pecho. También lidiando con mi abuelo que estaba enfermo. Éramos doce por todos. Entre ellos estaba un tío mío. A los 22 días me tocó moler para los de la Fuerza Armada. Después nos fuimos para San Fernando. Molíamos para 40 compas. En ese año sufrimos un gran bombardeo de la Fuerza Armada un día entero. Pasamos sin comer nada. Las bombas cayeron como a



Azacualpa, San Fernando, agosto de 2001.

una distancia de 50 metros de la casa. Nos rodearon cinco bombas de 50 libras. No mirábamos de la humazón adentro de la casa.

Cuando estaba en Peña Hueca estuve preparando almuerzo para 22 niños desnutridos. Mirian nos dio un fondo para hacerles refrigerio una vez por semana.

En el 90 nos fuimos para San Fernando. Molíamos para todos los compas. En el 91 nació mi último hijo. Él. tenía seis meses cuando empecé a trabajar en la costura. En 91 empecé a apoyar a CEBES. Iba a las reuniones con las madres. Estábamos en el proyecto de costura. Me pagaban 300 colones. Enseñaba a hacer pantalones, faldas, blusas y vestidos por seis meses. Para ir a las reuniones en Perquín me tocaba levantarme a la 1:00 de la mañana para moler y dejarles la comida a todos que quedaban en la casa. Me tocaba hacer un gran esfuerzo. Luego empecé a dar catequesis a los niños.

En el año 96 empecé a trabajar en el proyecto de hortalizas que nos ha dado Padre Rogelio con Carmen Elena. Iniciamos un pequeñito grupo colectivo.

Aunque con dificultades siempre estoy trabajando. Ya tengo dos años y medio hasta ahora. También estoy apoyando la clínica. Peso a los niños desnutridos. Yo hago el esfuerzo. Pues aquí es dura la vida. Ya que criar a diez de familia no es fácil. La familia cuesta bastante. La riqueza del pobre en el Salvador son los hijos. Mi compañero de vida atiende varias reuniones. No le queda mucho tiempo de trabajar. Pero gracia de Dios todos están conmigo en la casa. Cuando están pequeños es una cosa y cuando crecen es otra. Me ha costado bastante criar a toda la familia en tiempos de la guerra por preocupación de una cosa y otra. No faltaba quien me soplara el oído. Yo me fijaba en los ejemplos que veía en las mujeres solas, como pasaban batallando con los niños sin padre.

Estamos contando el cuento. Más que tenemos un Dios, porque agradecemos al Padre Rogelio y a los que lo rodean que siempre nos han apoyado en cada dificultad. Estábamos en guerra y no hemos perdido nuestra fe.

Claudia Pérez



Me llamo Claudia Pérez Pérez. Nací el 18 de febrero de 1964 en el caserío Guachipilín Agua Blanca, del municipio de Cacaopera del Departamento de Morazán. Mis padres son Buenaventura Pérez y Eleuteria Pérez. Soy la primera hija de la familia que estaba formada por cuatro miembros: tres mujeres y un varón. Mi hermano murió en el año 1992. Su nombre era Santos Tito Pérez. Murió a los 15 años. Participó como miliciano en el proceso revolucionario. Las causas que originaron su muerte las desconocemos.

En cuanto al momento de mi casamiento y mi desarrollo fue muy crítico. Tengo mucho que contar. Cuando yo era niña, crecí junto a mis padres. Eran muy estrictos y delicados con la familia. En la medida que fui creciendo y ya

tenía uso de razón, se me obligaba a incorporarme a los oficios de la casa y a las tareas del campo. Yo no me consideraba con edad suficiente para dirigir los oficios de la casa: preparar la comida para dar de comer a los mozos que hacían la milpa y los molidos de caña y sacaban el henequén. En cuanto a mi trabajo en el campo, tenía que pastar ganado, llevar la leña para el consumo de la casa y finalmente trabajaba muy duro en la elaboración de artesanía (hamacas, redes, y lazos). La mayor parte de mi tiempo era cuidar la casa y a mis hermanitas.

Puedo decir con mucha seguridad que para mí era una vida en crecimiento con mucha esclavitud. En ciertas ocasiones recibía castigos muy crueles por mi papá o mi mamá. Ellos tenían las mismas condiciones para castigar y, en ese sentido, me sentía obligada a trabajar muy duramente para hacer dinero y así ayudar a mis padres, ya que ellos descendían de familias muy pobres. Con mi trabajo ayudaba al mantenimiento de la casa. Así fueron pasando mis primeros años. Tenía ya la edad para ir a la escuela, pero no tuve esa oportunidad ya que mis padres no le daban importancia a la escuela.

Mi papá decía que uno no se mantenía de letras. "Uno se mantiene, se viste, se calza y si quiere darse gustos será trabajando, no yendo a la escuela". Pasó mi tiempo para haber aprendido a leer y escribir. Ahora me doy cuenta de lo que me perdí. Sé que es muy tarde para mí. Cuando tenía 12 años en lo único que participaba era en las actividades religiosas de la comunidad, pues era la obligación para los niños y niñas estar en la catequesis todos los domingos, participar en la Celebración de la Palabra de Dios e ir a las misas. Esta era una exigencia de muchos padres para uno: no faltar los domingos en la ermita de la comunidad.

A pesar de que no sabía leer ni escribir, cada domingo que pasaba, me iba dando cuenta que la catequesis se trataba de aprender un montón de oraciones sin mucho sentido. Eso sí era muy agradable para mi papá. Para mí era todo lo contrario, ya que no lograba entender muchas cosas. El catequista se dedicaba a enseñar oraciones y oraciones sin mayor contenido. Lo bueno y excelente para el sacerdote era que, cuando una hacía la Primera Comunión, rezara un montón de oraciones tradicionales de memoria. Pero muy poco hablaban del compromiso de los cristianos en cuanto a su propia vida.

Cuando yo tenía 15 años, había jóvenes que tenían la buena intención de platicar conmigo y que fuéramos novios. Esos eran los momentos más delicados

para una mujer. Si los papás decidían que una tenía novio, tenía que ser de su agrado y aunque una no los quisiera en ciertos casos, eran cosas obligadas para una mujer. Estos casos los pude experimentar en otras amigas mías o personas de mi misma familia.

En el año de 1978, aproximadamente, no me acuerdo con exactitud la fecha, sufrí un duro golpe en mi familia. Murió mi padre, y quedó un gran vacío en el hogar. Para mí se volvió más difícil mi vida porque, como no hay hermanos hombres para que vean los trabajos que mi papá dejó en el campo, yo soy la que asumo el compromiso de dirigirlos, ordenando a los mozos qué hacer. Así pasaron aproximadamente dos años.

En 1980 cumplí 16 años. Aparecían unos movimientos de grupos de hombres armados en mi caserío. Nosotros y muchos de las familias no sabíamos lo que estaba pasando en el país. Empezamos a extrañarnos de esos grupos. Los veíamos como grupos extraños. Un día, apareció por nuestra casa un familiar de mi mamá. Yo me encontraba sola. Mi mamá andaba buscando comida para nosotros. Con la falta de mi papá, ya había una gran escasez en la casa. Ya no era como cuando él estaba. Teníamos el maíz, maicillo, frijoles, dulce y hasta vacas que daban leche. Todo eso había terminado.

Mi mamá era la que tenía que buscar la comida para la familia. Entonces llegó nuestro familiar y me comenzó a contar toda la situación que se vivía en El Salvador. Me dijo que la Fuerza Armada había comenzado a matar gente y que la población tuvo que organizarse para defenderse de la represión que iba a lanzar el gobierno en todos los pueblos y en especial a todos los campesinos. Me dijo que el que se organice tendría que unirse a los compas que andaban luchando en contra de la injusticia que se vivía en este país. Dijo que las familias organizadas tendrían apoyo por la misma organización y las familias que no se organizaran, tendrían que irse a los poblados o a la ciudad. Dijo que hay que estar claros.

Tuvimos que definirnos a qué lado nos íbamos a quedar. Me hizo una advertencia, que por el momento había que tener estas pláticas en gran cuidado y saber a quiénes se las vamos a contar, por cuestión de seguridad. Muchas veces ni a nuestros papás, no confiábamos en ellos. También dijo: "Cuando ustedes vean pasar estos grupos que dicen que ven pasar, no les tengan miedo.

Ya que son personas de nuestro mismo caserío. Son hermanos pobres igual que nosotros". Al final de la plática pasó al punto más fregado. Me dijo que las mujeres también tienen que organizarse, las muchachas y jóvenes hay que ir a un lugar que se llama campamento para hacer las tortillas a los compas. En ese momento apareció mi mamá y cortamos la plática. Pero como mi mamá ya se daba cuenta donde andaba él, es decir su familiar, pensó muy maliciosamente: "¡Qué andará haciendo por mi casa!" Cuando él se fue, yo le platiqué un poco lo que me había platicado y también de lo que nos podía suceder a las familias que no nos organizamos.

Así pasaron los días. Luego apareció la Policía de Hacienda y soldados de Joateca buscando algunas familias del caserío. A los pocos días después, empecé a dar participación en los campamentos, realizando turnos de servicio. Luego regresaba a mi casa. Así me mantuve por un tiempo. En la medida que la represión era más fuerte por la Fuerza Armada, muchos nos tuvimos que definir e incorporarnos definitivamente.



Aguazarca, San Fernando, marzo 2001. Claudia dando una capacitación de crochet, a su lado su hija sulma.

Mientras nuestras familias buscaban refugio en Colomoncagua, Honduras, y otras familias salían huyendo para otros pueblos y ciudades, yo ya no era solamente cocinera, sino que pasé a la preparación militar. Me mantuve seis años en las áreas militares. Estando en los campamentos me acompañé y luego tuve mi primer hijo. Estando de ocho días de nacido, el papá de mi hijo cayó en un combate a finales de 1984, en el norte del departamento de La Unión, en un lugar conocido como el Cerro del Zopilote. Un poco más tarde me volví a acompañar y luego salí nuevamente embarazada.

Con un hijo más se me hizo imposible continuar mi vida en los campamentos. Me proponían ir a los refugios. Eso no fue de mi agrado. Me quedé a vivir en la zona bajo control por el FMLN. Trabajé para dar de comer a mi pequeña hija. Fue una experiencia muy crítica para mí. Soy yo la que hizo milpa. Hay días que no tenía los alimentos para mi hija, mucho menos para mí. Como mujer, este fue un período muy duro para mí. Yo estaba muy consciente de mi participación. Era muy importante en mi país y no tanto en los refugios. Quiero dejar bien claro que estos son datos de mis primeras experiencias de mi juventud.

Ahora voy a hablar de mi participación estando en la población, sobre el papel que sigo desempeñando como mujer, una cosa que tiene mucho que ver con las comunidades cristianas. En el caserío del cantón Calavera, nos encontramos varias familias desplazadas. A pesar de la guerra que existía en esa zona, había un trabajo pastoral. Había un equipo pastoral conducido por el compañero Isaías y un compañero de San Salvador conocido como Foncho. Me gustó mucho el trabajo pastoral. A pesar que no sé leer y escribir, entiendo que mi aporte es muy importante.

En estos momentos se sugería en la comunidad un movimiento cristiano con el nombre de Congregación de Madres Cristianas, organizadas solo por señoras ancianas y mujeres que teníamos niños, ya que las mujeres jóvenes estaban en otras tareas. Cuando conocieron mi decisión de trabajo, me comenzaron a asignar responsabilidades, como ir a San Salvador para hacer un trabajo de misionera. Mi niña estaba muy enferma y era toda mi cobertura para evadir el paso en todos los retenes militares. "¡Bajarse todos en el bus! —dijo el oficial—, menos las mujeres paridas". En la bolsa de los pañales llevaba mis panes franceses con frijoles molidos y en el medio de los panes con frijoles llevaba un correo a San Salvador y las zonas de la guerra.

Así trabajaba por mucho tiempo, hasta llegar al final de la guerra y se firmaron los acuerdos de paz. Conocí a muchos amigos salvadoreños e internacionales.

También les quiero contar que, por mi experiencia en el trabajo, fui electa para ir a una escuela de formación en Nicaragua. Esto fue en 1990. Al irme para Nicaragua ya estaba acompañada con el compañero Isaías. En la escuela encontré al Padre Pedro Leclerk a quien habían conocido trabajando en Morazán, juntos con Padre Rogelio Poncel, Miguel Ventura, Esteban Velázquez y a muchos hermanos catequistas. En la escuela en Nicaragua fui admiración para el grupo, porque siendo una mujer que no sabía leer, fui electa para esa escuela. En la medida que iba avanzando el trabajo, el grupo de compañeros se empezaron a dar cuenta de quién era yo. En un primer momento fui la primera en aportar y esa situación les hizo pensar. En esta escuela aprendí mucho sobre el compartir como comunidad y al regreso a mi país tenía que compartir mi experiencia en la comunidad.

También a mi regreso ya no me quedé en el refugio. Mi compañero Isaías fue trasladado a la zona de Perquín, y decidí a trasladarme también. Allí es donde ahora hago mi vida en familia y en hogar. A todo lo anterior, quiero explicar que tanto yo como mi compañero fuimos desmovilizados por el FMLN. Toda esta situación no nos permitió tener derecho a ningún crédito ni prestaciones. Empezamos a formar hogar en una situación muy difícil. Caso por el cual no podemos mejorar nuestra situación de vida económica. Pero les digo que, a pesar de todo, he logrado aprender mucho: cultivar el campo, artesanías.

Hoy vivo en la comunidad El Ocotillo, del municipio de San Fernando, Morazán. Estoy integrada al trabajo de la comunidad, siempre integrada a un pequeño equipo pastoral. Soy coordinadora de una comunidad hermana que tenemos con Lowell, Estado Unidos. Soy miembro de un grupo de mujeres en Perquín. Todo lo último que he logrado aprender, le agradezco muchísimo a los hermanos de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBES), como son Carmen Elena, Asención Ruíz y, sin ningún momento olvidar por quien vivimos los ánimos de la fe, al Padre Rogelio Poncel.

Tengo seis hijos, pero siempre me siento muy animada a aportarle en lo que pueda a las comunidades. Pues para mí no hay mejor experiencia acumulada y



El Ocotillo, San Fernando, agosto de 2001. Claudia tejiendo un bolso de crochet, acompañada por sus hijos Wil y Rolando.

aprendida. Lo que he conocido y aprendido es a través de mi participación en las Comunidades Eclesiales de Base, es decir la Iglesia de los pobres, la Iglesia de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, la Iglesia de los héroes y mártires de El Salvador. Finalmente, solo quiero decir que lo que he dicho es una parte de mi historia, y si alguien lee lo poco que he tratado de narrar sobre mi vida como mujer, que sea un ejemplo útil para quien conozca de mi poca experiencia.

Quiero decir algo sobre la historia de tantas mujeres que he conocido viviendo la misma situación que a mí me ha tocado vivir. Como he dicho en esta parte anterior, somos las mujeres más pobres, marginadas y esclavizadas. Somos las que, a partir de los primeros años de la década 1990, nos hemos empezado a reunir y tener algunas capacitaciones. Reflexionamos sobre nuestra vida, muy especialmente sobre cómo las mujeres de nuestro país somos maltratadas y marginadas, y por qué no decir, muy esclavizadas, y no solamente por nuestros esposos o compañeros de vida.

Yo creo que aquí en Centroamérica y América Latina, la gran mayoría de las mujeres somos marginadas y muy esclavizadas por el mismo Estado. Los gobiernos permiten leyes para que sean autorizados los prostíbulos. Las mujeres, por la misma pobreza y por no encontrar fuentes de trabajo, nos vemos obligadas a convertir nuestro propio cuerpo en una fuente de negocio, para dar de comer a nuestros hijos.

Las mujeres que ya tenemos tiempo de estar reunidas y platicamos temas de reflexión, consideramos que solamente estando organizadas podemos lograr cambiar nuestro sistema de vida, muy especialmente en las comunidades de nuestro país.

El Salvador es un país pequeño, pero con un alto porcentaje de mujeres utilizadas. Es decir, las mujeres de nuestra sociedad somos utilizadas para amas de casa y parir un montón de niños. Es en ese caso donde las mujeres nos convertimos en solo ciudadanas de la casa, para hacer las tortillas y ser niñeras en nuestro propio hogar. En la mayoría de los casos el esposo es libre para salir a donde mejor le convenga. Las mujeres somos desvalorizadas. No se nos reconoce nuestros propios valores, que las mujeres somos capaces de desempeñar cualquier función o dar aportes de nuestras ideas en cualquier reunión, que seamos respetadas como seres humanos y no que nos trate como cualquier objeto. Pues las mujeres somos capaces de desempeñar y realizar cualquier tipo de trabajo igual que los hombres.

En este caso quiero hablar un poco de mi experiencia. No sé leer ni escribir. Pero les digo que tengo capacidad para hacer cualquier cosa. Yo manejo muy bien las herramientas para la producción. Hago trabajos manuales. Trabajo en artesanías: hamacas, redes y lazos. Hago el tiempo para participar en cualquier reunión, ya sea en una capacitación y también hago tiempo para evangelizar. Me reúno en mi comunidad y apporto ideas muy valiosas a mi gente. Otra forma de evangelizar para mí es compartir el trabajo que voy aprendiendo. Yo les digo que para mí hace un tiempo lo único que sabía era hacer las hamacas; pero hoy me considero que soy una mujer que he logrado desarrollar mis capacidades y me considero ser una mujer útil a mi comunidad y, por qué no decir, a una nueva sociedad por la que muchas mujeres luchamos.

Hay momentos difíciles para una. Pero cuando una está consciente de lo que realiza, no existe barrera que le obstaculice el camino. Hay que estar claras que

la fuerza no la sacamos de la naturaleza. Nuestra fuerza la organizamos de ese Espíritu de Dios y la fe que tenemos para vivir unidos en comunidad. Estos fueron los sueños de muchos hermanos y hermanas que dieron su vida y que ya ni están con nosotros en persona, pero viven en nuestra historia. Esos héroes y mártires dieron su vida para que hoy nosotras como mujeres reclamemos nuestros derechos y liberarnos de un sistema de opresión y miseria.

La sociedad en la que vivimos, a mí me hace pensar en un hecho bien importante y que hay que tomarlo muy en cuenta: es que las mujeres que tenemos que cambiar este sistema de vida somos las mujeres que vivimos marginadas y no las mujeres de la alta sociedad.

Las mujeres que tienen una vida de acomodamiento no sufren el dolor que nosotras muchas veces sufrimos cuando nuestros compañeros nos abandonan y quedamos a sufrir para dar de comer a nuestros hijos y a irnos a la ciudad para conseguir trabajo. Las grandes mujeres ricachonas nos ponen un montón de condiciones para poder trabajar, y es así como nos explotan en el trabajo. Nos dan un salario miserable. Nos despiden al momento que les da la voluntad de hacerlo. Como conclusión de todo esto salimos muriendo poco a poco, afectadas por el maltrato en el trabajo.

Quiero finalizar lo poco que entiendo de nuestra historia, haciendo una sugerencia a cualquier tipo de organización que lean e interpreten nuestro trabajo, ya sea grupos de mujeres o cualquier movimiento que trabaja en defensa del trabajo de las mujeres a, que nos apoyen en todo lo que sea posible: quizá en primer lugar en capacitaciones sobre la vida que viven las mujeres en otros países donde no hay tanta opresión como en El Salvador.

Concluyo diciendo que para mí hay signos de esperanza y que nosotras como mujeres poco a poco vamos dando pasos a nuevos momentos para ser de todas nosotras un nuevo Morazán, donde nuestros hijos e hijas sean diferentes a nosotros.

Perfecta Rodríguez



Nací el primero de marzo de 1955, en una aldea llamada Quiraguira, del municipio de Mazagüara, departamento de Intibucá, Honduras. Mi madre se llama Victoria Rodríguez Portillo (hondureña) y mi padre se llamaba Gabriel Ángel Rodríguez Argueta (salvadoreño). Hasta los 18 años yo estuve con mis padres. Yo no estudié porque para mis padres lo más importante era trabajar en la cocina y en el campo; otra razón fue el temor, la gente adulta decía, cuando yo era niña, que los maestros eran bien violentos en la escuela, porque cuando castigaban a los alumnos les hacían heridas en la cabeza con una regla.

Yo trabajaba con un hermano en el campo, cultivábamos maíz, frijol, papas, ajo, repollo, café y huisquiles. También ayudaba a vender ocote para comprar la sal, jabón y dulce de panela. Estas tareas las hacía hasta el mediodía, después regresaba a mi casa para ayudar a preparar la comida y demás tareas de una familia. Hasta aquí yo tenía 14 años de edad.

Cuando la guerra entre El Salvador y Honduras, en el año 1969, mi padre fue perseguido por las autoridades hondureñas, por el simple hecho de ser salvadoreño. Mi padre un día no se pudo escapar. Cuando la milpa tenía elotes, habíamos hecho un rancho para cuidarla, estábamos trabajando cuando nos rodearon el rancho. Mi padre se encontraba ahí haciendo una caja para alzar ropa, no lo dejaron escapar. En el instante lo amarraron con sus manos atrás y lo llevaron a la cárcel de la ciudad de La Esperanza, que es la cabecera departamental de Intibucá, en donde le aplicaban castigos, como el de tirarle agua y lodo donde dormía y lo metían en las celdas o bartolinas que tenían alfileres que le punzaban su cuerpo. A mi padre lo dejaban en libertad si se venía para El Salvador, entonces mi padre decidió regresar donde nosotros para venirse con toda la familia. Le dijeron que le daban 24 horas para que se viniera.

Cuando mi padre regresó a la casa nos dijo que nos alistáramos porque él ya no podía vivir ahí. El día siguiente salimos a las 3 de la mañana, mis padres y mis hermanos: Miguel de 22 años (acompañado) y sus dos hijas, yo de 14 años, Francisca de 12 años, Domingo de 10 años, Lila de 7 años, Gonzalo de 6 años, Alba de 4 años y Dori la de cuatro meses. Era el primer día de camino y lo hacíamos por veredas. A las 6 de la tarde llegamos a un lugar llamado Santiago de la Paz, ahí buscamos posada para pasar la noche. Este día cargamos la comida para el camino.

El día siguiente salimos a las 3 de la mañana, la comida ya se nos había terminado. Mi madre me mandaba a comprar a cada casa que encontrábamos en el camino para dar de comer a los más pequeños. Este segundo día también habíamos caminado 15 horas más y esta vez no dormimos bajo techo porque nos cayó la noche en un lugar sin gente, así es que nos quedamos a la intemperie.

Nos faltaba otra jornada de camino igual que las anteriores. También este tercer día salimos a las 3 de la mañana. Este día compramos pan por el camino para tranquilizar la necesidad. A las 5 de la tarde llegamos a un lugar llamado Santa Cruz de Marcala, este lugar es muy rico en frutas, como la naranja, lo cual nos ayudó mucho para poder comprar y así aliviar el hambre que cargábamos. Pasamos la noche en ese mismo lugar.

El día siguiente ya era muy cansado para mi familia. No pudimos salir a las 3, sino que hasta las 4 de la mañana. Este día ya salimos rumbo hacia la frontera de Honduras y El Salvador. Eran las 4 de la tarde cuando llegamos. Aquí nos encontramos con una barrera de autoridades hondureñas, nos envolvía más el terror. Esta vez agarraron a mi hermano mayor, que es Miguel, junto con mi padre, los amarraron y los trajeron a la aduana. Nosotros seguimos caminando por donde traían a mi padre con mi hermano, a quienes traían amarrados. A nosotros nos insultaban. Llegamos a la aduana y a mi madre le dijeron que debía ser apresada por venir siguiendo a un guanaco. También les ofrecían la muerte, pero que les perdonaban la vida por nosotros, los hijos, y que teníamos que pagar 500 lempiras para pasar la frontera. Y así fue, pagamos de nuestros ingresos que teníamos para pasar a El Salvador.

Liberaron a mi padre y a mi hermano y mi madre sacó permiso para quedarnos a dormir en la frontera porque ya eran las 6 de la tarde y estábamos



Aguazarca, Torola, agosto de 2001.

muy cansados, llorábamos mucho junto a nuestros pequeños, por tanto sacrificio, ya eran cuatro días de camino, más todo lo demás que había sucedido. Después sólo teníamos que cruzar unos 400 metros para estar en tierra salvadoreña. Ahí habían autoridades de El Salvador, pero estas no nos hicieron nada. Estando ya en El Salvador buscamos posada entre amigos y familiares de mi padre, para poder trabajar y hacer nuestra casa.

En 1972, yo trabajaba como molendera, ganaba 3 colones al mes. Después de trabajar con mi familia como 4 años, hicimos nuestra casa en el cantón El Carrizal (La Montaña). En 1975 me casé, un año después de haberme casado di a luz a mi primera hija, María Faustina. Yo di a luz a seis hijos: Faustina, Jesús (murió cuando era bebé), Regino, Sixto, Alexander y Evelio. Para tener a estos hijos pasaron como 11 años aproximadamente.

Así fue que empecé a trabajar junto con mi esposo para crecer a los hijos. Todavía no se había declarado la guerra, cuando empezamos a trabajar como familia. Yo trabajaba en la casa mientras que mi esposo lo hacía en el campo.

Cuando el conflicto armado inició, ya nos habíamos enterado de lo que sucedía o la situación en que se encontraba nuestro país. Empezaron a salir los compas. Yo, como mujer, desarrollé actividades en mi casa, como la de echar las tortillas para los muchachos. También había que moler fertilizante y café que necesitaban en ese entonces para hacer los explosivos. Esas eran mis primeras participaciones dentro de un proceso de trabajo para ir contribuyendo a la búsqueda de un proyecto social.

En el año 1984 llegó el batallón Arce, siempre tenía que hacer tortillas porque siempre había que darles. Uno de los días que estuvieron, llegaron por la noche, nos sacaron a mis hijos y junto a otras personas en la plaza del cantón El Carrizal, y me decían que los guerrilleros se metían en mi casa para dispararles a ellos, algo que no era verdad. Ponían sus morteros enfrente de mis hijos y disparaban para los alrededores del cantón, los niños lloraban mucho por el ruido de las armas. Como a las 11 de la noche nos dijeron que al día siguiente no nos querían ver ahí, porque si no, nos iban a matar. Al día siguiente nos salimos toda la gente sólo con nuestros hijos, dejamos todo, estuvimos viviendo por unos 4 meses en el lugar conocido como La Tejera, ahí cerca de Perquín, después nos dijeron que nos regresáramos, pero lo que hallamos en nuestra casa era un desastre.

En el año de 1985 empezamos a trabajar con las Comunidades Eclesiales de Base, en donde empecé a animar a la Congregación de Madres de mi comunidad, El Carrizal, la cual en ese entonces estuvimos para responder un poco a las exigencias de la situación que vivíamos. Por ejemplo, si capturaban a un campesino, eramos las madres quienes teníamos que hacer algo para que lo liberaran. También trabajamos para que los niños de la escuela tuvieran un refrigerio de pan y leche. Como mujer también apoyaba la comunicación con los muchachos en los momentos en que el ejército tenía sus operativos en la zona, lo hacía llevando correos desde Perquín hasta La Montaña o viceversa.

Participé con el trabajo del movimiento comunal de mujeres en esos años, 1987 y 1988, cuando inició ese movimiento de organizar a más mujeres para apoyar manifestaciones de protesta. En 1989 también habíamos formado cooperativas entre madres y hombres de mi comunidad para trabajar sobre aspectos del mismo proceso y últimamente sobre el programa de transferencia de la tierra. Trabajamos en eso desde 1989 hasta 1992.

En este año de 1992, de la noche a la mañana tuvimos que pasar a ser hondureños, porque el gobierno salvadoreño hizo esos tratos. ¿A saber qué íbamos a hacer después de tanto esfuerzo? Teníamos que estar bajo otras leyes, pára mí fue muy difícil, lo que dije a mi esposo es que era mejor salirnos de ahí. En 1994 nos trasladamos a vivir al lugar llamado Aguazarca (Torola), que se empezaba a formar por excombatientes.

En 1995 fui parte de la primera escuela de agentes de pastoral que tenían las Comunidades Eclesiales de Base como parte de su trabajo. Después que salí estuve animando a mis hijos sobre la experiencia adquirida en la escuela de agentes de pastoral y después entré como socia de la cooperativa Nuevo Torola.

En 1996 y 1997 estuve padeciendo gravemente una enfermedad que me costó poder darme cuenta lo que tenía. Pasé buscando un montón de médicos para que me dijeran lo que sufría. Presentaba síntomas como hemorragias, dolores muy fuertes en la cabeza, vientre y fiebres. En diciembre de 1997, en una consulta, me dijo una doctora que no siguiera gastando en medicinas, porque lo que tenía era tumor e infección en la matriz y que tenía todo el inicio de un cáncer en la matriz. En 1998 fui al hospital de La Divina Providencia y el Instituto del Cáncer en San Salvador, para que me pusieran un tratamiento de cobalto y en el mes de enero de 1999 fui al mismo lugar para que me realizaran el tratamiento de radiación.

En ese mismo año de 1999, se formó la Congregación de Madres Cristianas de la cual soy parte de la coordinación, junto con otras compañeras de nuestra comunidad, como también somos parte del Equipo de Pastoral para ayudar en lo poco que está todavía a mi alcance. Gracias a Dios por tenerme con vida y poder decirles sigamos adelante y que siempre es posible hacer algo en este mundo.